

merced á sus fervorosas plegarias, porque él ruega por ellos, é imploró la piedad del Salvador para el infeliz extraviado que desgarró sus carnes en el camino del Calvario!

Las muertes de este género contienen tesoros inauditos de vida, no para los Jesuitas, para quienes la vida no es nada, sino para Francia y para el mundo.

De tal suerte, que despues de terminado el sacrificio, la pátria asesinada se levanta y marcha por un camino rodeado de abismos, como si se estableciera un equilibrio milagroso entre las influencias mortales del crimen y el mérito vivificador de los mártires.

Ellos predicán, instruyen, se muestran siempre llenos de abnegación, y por lo tanto viven. «Ya eres bachiller,» decia un escéptico, hombre de talento, y amigo mio, á su hijo, confiado de mala gana á los Jesuitas, únicamente por acceder á las súplicas de su cristiana madre, «¿pero qué te han enseñado?»

El niño se acordaba de haber disgustado en otro tiempo á su padre, llevado de un precoz espíritu de insubordinación, y le contes-

tó: «Me han enseñado á respetaros y á amaros.» Mi estimado colega en literatura no se habia hecho quizás partidario de los Jesuitas, pero cuando me contó esto le ví lágrimas en los ojos. Y ha confiado su segundo hijo, de *buen grado*, á estos maestros, que sin descuidar los estudios del bachillerato enseñan tambien el respeto y el amor. ¡Ah, ellos viven!

No necesito añadir que enseñan tambien la *virtud*, por más que esta sea una palabra que ha llegado á hacerse cómica, y que excita á veces la hilaridad, es cierto, por lo demás, que todos los discípulos de los Jesuitas no son santos. Voltaire fué su discípulo y vivió en una época bien hedionda, pero en la cual todavía era lícito pronunciar la palabra *virtud*, sin que las gentes soltaran la carejada. Desde entonces acá hemos hecho grandes progresos, y si yo me atrevo á hablar de virtud, aunque pidiendo que se me perdone esta libertad, es porque tomo esta palabra de Voltaire, que la empleaba á cada paso tratándose de sus maestros.

El los araña, es cierto, pero con el sombrero en la mano.

El menor de los defectos de la posteridad de

Voltaire, es no haber leído á Voltaire, ni á Rousseau, más que en los almanaques. Voltaire y Rousseau han hecho la revolucion, no digo que no; pero en cambio la revolucion los ha hecho á ellos; mas la revolucion no sabe lo que hace adorando á Rousseau y á Voltaire, del mismo modo que Voltaire y Rousseau no sabian lo que hacian preparando la revolucion.

Voltaire era el más encopetado de los aristócratas, aún sin hablar de sus aficiones de cortesano, y Rousseau se proclamaba á sí mismo el adversario más elocuente de la democracia en *los grandes Estados*. Cuando más, habria tolerado la república democrática en Monaco.

Y volviendo ahora á los Jesuitas, mientras que la posteridad de Rousseau y de Voltaire vomita contra ellos su francés tabernario en invectivas, en ultrajes y en amenazas, Voltaire empleaba su admirable francés en deplorar su expulsion (á la cual, es cierto, habia contribuido á dar un buen impulso con su admirable estilo), y Rousseau, con un lenguaje todavía más elocuente, *se negaba á todo trance á tomar parte en el odioso complot*, tramado por los golillas del jansenismo, unidos con los

fanáticos del ateismo contra los soldados del verdadero Dios, á quienes respetaba sin amarlos.

Pero estas cosas se han escrito cien veces y es trabajo perdido escribirlas. La gente que acude á las tabernas no lee sino los almanaques diarios, los cuales le sirven su Jesuita (el mismo que M. de Pombal tenia montado en la nariz) bien desmenuzado y adobado en una prosa nauseabunda, que haria huir á Voltaire y á Rousseau hasta los antípodas. Las tabernas se contentan con esto, y no quieren otra cosa.

Es ciertamente tristísimo este envilecimiento de todo un pueblo por dos ó tres millares de mercachifles políticos, que ni siquiera merecen el nombre de tribunos. Parece como si no les quedara más que un sentido: el de la clerofobia. El Sacerdote, ó como ellos dicen, el Jesuita, es á sus ojos el último dique que se opone al diluvio definitivo de los almanaques. Imaginan ellos, que muriendo el Jesuita, el diluvio arrollaria fácilmente al ejército, la magistratura, la propiedad, el capital, las artes y las letras, y que el almanaque llegaria á ser gobierno.

Quizá tengan razón; y aún puede decirse que hemos visto momentáneamente algo de esto. Las pruebas de este siglo, que se han inaugurado con sangre, no han terminado todavía; habrá nuevos mártires. Digo este siglo, porque no son las centurias lo que fija las edades del mundo, sino la agrupación de hechos. El siglo en que estamos, esta era, formada con tantas grandezas y tantas ignominias, tiene ochenta y cuatro años justos. Hemos nacido el 93, como siglo, y moriremos á manos de la política de los almanaques, como nuestros padres han muerto á manos de la filosofía de los diccionarios.

La filosofía, fluxion de la inteligencia, se dirige á las masas con mentiras urdidas hábilmente. La política de los almanaques, parálisis del corazón é hinchazón monstruosa del egoísmo ávido de goces, escancia á su inmensa clientela un brevaje incalificable, amalgama de codicia y de ódio, de cólera y de promesas, que no es siquiera invención suya; pues encontramos su charlatanesca fórmula en los energúmenos del siglo XVI, en los comienzos de la gran enfermedad inoculada al mundo por Lutero. El tonel de esta cerveza

protestante fermentaba ya en Alemania, en Suiza, en Inglaterra y en todas partes, en el momento en que Loyola y sus compañeros hicieron sus votos en Montmartre. Allí firmaron el pacto contra la revolución, cuyo germen adivinaron en aquellas heces; la revolución, al llegar á su último grado de desarrollo, tiene motivos para aborrecer á los Jesuitas que detuvieron sus primeros pasos, que la tuvieron en jaque durante centenares de años, y á los cuales aniquiló un día por sorpresa con el inesperado auxilio de los reyes, de los nobles, de los magistrados,—á quienes vió morir, y encuentra ahora resucitados—¡vivos en frente de su victoria!

De esta suerte, el almanaque diario, ménos letrado que la filosofía y desdeñando la metáfora, no dice: *Destruyamos al infame*, sino únicamente: *¡Abajo los Jesuitas!*

Solo que es la misma cosa, y esto es tan claro y tan evidente, que hasta los hombres dominados por el indiferentismo empiezan á reflexionar.

Lo mismo que el *infame* comprendía, en realidad, al trono y todo lo que le rodeaba, así el *Jesuita* de los almanaques comprenderá en

primer término á la Iglesia y despues todo lo que queda en pié alrededor de Ella, sin estar ligado en manera alguna á la Iglesia, sin amar ni honrar á la Iglesia, y áun siendo hasta cierto punto hostil á la Iglesia: la administración, toda administración, el Gobierno, todos los Gobiernos, las academias, la propiedad y hasta la filosofía, todo, todo, todo lo que no es almanaque, garito ó taberna, todo lo que no es la nada ávida y ciega de demolición.

Todo el mundo ve esto; hasta los más miopes.

De esta suerte asistimos á un esfuerzo muy incompleto todavía, pero muy grave. Se deja sentir un movimiento, que no ha empezado hasta última hora, que ha sido necesario para provocarlo la vista del precipicio.

Los hombres, que se llaman á sí mismos *conservadores*, no porque defiendan en comun principios bien definidos, sino porque tienen, en efecto, algo material que conservar,—como el transeunte que no quiere que le roben la bolsa,—estos hombres se han mirado unos á otros y han mirado la jauría de otros hombres que hay en derredor suyo, que no tienen nada que conservar, pero que quieren tomar; y lo

mismo que estos se reunen para devastar, los primeros parecen por fin dispuestos, aunque no del todo, á reunirse para protegerse.

Es sorprendente que hayan tardado tanto en abrir los ojos.

Pero ya es tarde.

Y el tiempo urge.

Y quizá el miedo que reúne á los nuevos confederados no es un vínculo muy durable. Sus intereses, que no son los mismos, se rozan y podrian chocar por el camino. No vienen del mismo sitio, no van hácia el mismo fin,—mientras que sus enemigos están unidos por una homogeneidad terrible, casi tan poderosa como la unidad misma del Bien, de que son el reverso y la negacion, puesto que están ligados por el mal.

¡Y este es un principio! Negativo, es cierto, pero absoluto.

¡Quiera Dios que la Liga tardía y algo deleznable de la conservación encuentre su principio absoluto! El esfuerzo en sí es bueno; ha producido ya el resultado de fijar la línea de demarcación entre los que tienen interés en destruir y los que tienen necesidad de conservar; de suerte que, por el pronto, en Francia

sólo hay dos partidos: los que quieren matar, y los que no quieren dejarse matar (1).

¿Basta con esto? A mi juicio, no; las coaliciones de intereses son fugaces, y se parecen á las casas cuyas piedras no están unidas entre sí por ningun cimiento. Los intereses se co-dean, se chocan mutuamente y se ofenden... ¡Ah! ¡Hace mucho tiempo que se clama en este sentido! Se ha repetido cien veces: se busca un terreno comun donde reunir todos los intereses «respetables;» los temores se ponen fácilmente de acuerdo; pero las esperanzas se enseñan los dientes.

Esta alianza de palabras, *intereses respetables*, data ya de muy antiguo; yo no la critico, pero me pregunto con qué epíteto se calificará desde ahora al desinterés. ¿Llegará á ser despreciable?

Y mi pregunta no es del todo ociosa. No soy un hombre *práctico*, pero he considerado muy atentamente la historia de mi tiempo, y

(1) Es cierto que hay otra tercera clase: la de los doctrinarios é impenitentes: los que se pasan á las filas enemigas por temor de la batalla; hay quien cree que son numerosos. Pero ¿qué se dirá de Jocrisse, que se ahogó por huir de la lluvia?

he estudiado tambien la historia de los tiempos pasados. He visto que únicamente el desinterés era útil á la pátria, y á sí mismo, mientras que los intereses, hasta los más respetables, se perdian á sí mismos, perdiendo á la pátria.

Cartago estaba llena de intereses respetables, mientras que el desinterés sin calificativo habitaba en Roma.

Pero esto no es nada. Se trata de encontrar un *terreno comun*; no salgamos de aquí. Oponiendo el desinterés al interés, no he tenido otro móvil que facilitar la solucion del problema, que parece ser para nuestra época cuestion de vida ó muerte.

Para los intereses no hay terreno comun posible. Por extensos que sean los desiertos de Africa, os desafío á que coloquéis allí dos intereses respetables sin que se combatan.

Al desinterés, por el contrario, todos los terrenos le son comunes.

No voy, ciertamente, á comprometer los intereses, para que de un dia al siguiente se conviertan en abnegacion, digo únicamente, con el respeto debido: «Si quereis un centro de union,—y es preciso que lo queráis, pues

vuestra desunion es vuestra agonía,—no busqueis este centro donde no está. Sed lo menos interesados que podais y lo más desinteresados que os sea posible. Para llevar ventaja los unos sobre los otros en vuestras competencias acostumbrais á conceder mucho á vuestros enemigos comunes; no les concedais ya nada, y entre vosotros estirad la medida de las concesiones hasta fuera de los límites de lo que parece ser prudente y posible. Estos sacrificios en tiempo de guerra, se llaman la disciplina; ningun ejército existe sin disciplina, y vosotros sois un ejército: ¿por qué habiais de estar dispensados del sacrificio?

»¿Quién sabe si todavía os queda alguna batalla que librar? Para ganarla, tened disciplina. Vuestro egoismo es vuestra debilidad. Sed desinteresados en vuestro interés.

»Y buscad, encontrad el vínculo que os unia también á vosotros; buscad vuestra cohesión, encontrad vuestra fuerza. Hay un nombre, el más grande de todos, punto de unión donde el desinterés se encuentra, vasto centro de donde brotan las inesperadas victorias; ¡pero hay entre nosotros una multitud tal de corazones buenos que lo han olvidado!

El ejército de la conservación es casi tan indiferente á este nombre como el ejército destructor.

»Es útil, sin embargo, y más que útil, es necesario, es supremo, lanzar este nombre al empezar vuestro combate, pues desde Constantino y Clovis, este nombre no ha perdido nada de su mágico poder. Vuestro punto de unión es la fé; vuestra bandera, la única bandera bajo la cual pueden marchar sin chocar millones de voluntades opuestas, de pasiones diversas y de esperanzas contrarias, en la reconciliación y en paz, es la Cruz. Con este signo vencereis. Sin él sereis vencidos.

»Vuestros enemigos lo tienen todo contra vosotros, menos á Dios. ¿Por qué aberración no opondéis á Dios á vuestros enemigos? . . .

»Y no abandonéis á ninguno de los vuestros, ni aún á los Jesuitas, en la hora que precede al combate. Nunca, sean cuales fueran las dulzuras que os presenten en su mano, «llena de riquezas, (1)» nunca sacrifiqueis á

(1) *In quorum manibus iniquitates sunt. Dextera eorum repleta est muneribus.*

los hombres de la educacion católica por la caricia del Tartufe pagano. Acordáos de los gritos de alegría lanzados por la Enciclopedia, es decir, por la revolucion, en el momento en que el perverso consejero de Luis XV, para destruir á los Jesuitas, segaba en flor las mieses tempranas del porvenir y destruía el equilibrio de la educacion en Francia!

»No desconozco yo la gloria de la Universidad; pero digo que al lado de este palacio que duda, es necesaria la casa que cree.

»Lo necesitan las conciencias.

»No se abandona la educacion sin incurrir en la pena de muerte. La Compañía de Jesús es, entre nosotros, la mayor parte de la educacion cristiana. Si no se tratara más que de la Compañía de Jesús, os repetiría una vez más, que no ha menester de vos ni de mí; pero tanto yo como vos la necesitamos para nuestros hijos; para la Francia del porvenir.

»Padres de familia, dad al César lo que es del César, fielmente, generosamente, pero dad á Dios lo que es de Dios. En nuestros desdichados tiempos, sucede á veces que el Tartufe pagano nos gobierna, bien lo sabeis y lo habeis visto; dadle todo lo que debeis, es justo; pero

guardad vuestra conciencia, vuestra fé y la educacion de vuestros hijos.

»Esto es vuestro, porque es de Dios.

»Sonríase, acaricie ó amenace el Tartufe ateo, mostrad una voluntad de hierro cuando se trate de sostener vuestro derecho; la familia y la pátria, esperan mucho de vosotros. ¡Franceses, defended á Francia! ¡padres, proteged á vuestros hijos!»

He terminado, y este pequeño libro, que no es sino un ligero bosquejo, es sobre poco más ó menos lo que yo queria que fuese. En él están contenidas en gérmen todas las ideas que más tarde he de esplanar: reséñase el glorioso nacimiento de una institucion sublime opuesta al siniestro origen de un horrible desastre. En él se indica el camino seguido por una obediencia nunca desmentida; él da á conocer el ruego heroico de Loyola correspondido por el milagro de una persecucion sin tregua y sin fin; él deja ver cómo durante más de dos siglos el centinela apostado por el voto de Montmartre ha permanecido en su sitio sobre el camino de la revolucion, y cómo habiendo

sido asesinado un día por los mismos á quienes guardaba, pudo la revolucion abrirse camino y apoderarse de la enseñanza.

El dice á los hombres de buena voluntad perezosos ó tímidos: «vigilad y tened ánimo cuando se trate de la enseñanza, pues la enseñanza es la brecha por donde se introduce vuestra ruina.» Todavía les dice más: «Los pueblos, las clases, los partidos que por no morir venden el soberano derecho de escojer los maestros de sus hijos, mueren también, mueren más pronto, y mueren deshonorados.»

Tampoco es este libro un compendio de la historia de los Jesuitas, más bien es una página arrancada al recuerdo de los crímenes, que componen la historia de los enemigos de la Compañía. Ciertamente que hemos delineado algunos perfiles de los perseguidores sofistas amparados por los diccionarios, como Juliano el Apóstata, ídolo predilecto de este linaje de obras; también hemos trazado algunos bosquejos, tomados del natural, de tiranuelos tan entregados á su comercio que no retroceden ante ninguna mentira, por más grosera que se la imagine, ante ninguna *falsedad*,

ante ningún fraude, y que arrojan sobre los hombros de Jesucristo el manto de su infamia gritando: *¡Ecce Homo!* ¡Hé ahí el infame!

Es ni más ni menos que lo que un escritor moderno ha llamado el juego de los *despropósitos* y que describe así: «Tartufe-Judas, se encuentra con Jesús en lo más apartado de un bosque, lo mata, lo roba y clávale en el pecho su propio nombre: Judas.» La farsa está consumada y el caso sirve durante siglos para edificación de los diccionarios.

Todos hemos sido bastante cándidos para dejarnos enredar por los escamoteos de Judas ó de Tartufe; unos más y otros menos, todos hemos pisoteado el cadáver de Jesús asesinado dos veces, transformado en malhechor por industria de Caifás, de Herodes, de Pombal ó de Choiseul, convertidos en redactores de almanaques, (¡lamentable decadencia!). Mas como á pesar de todo, la credulidad de las muchedumbres no tiene cura, es honrado por la multitud el nombre de aquel que ha cometido el crimen, en tanto que se combate diariamente la Religión, el derecho, la ley, la autoridad, la libertad, la verdad, la caridad, el honor y aún la gloria de la víctima infamada.

Este pequeño libro no mudará el estado de las cosas.

Dichoso si pudiera al menos, no enseñar sino llamar la atención hácia todas aquellas grandes cosas que sin cesar se combaten, y advertir á los que las aman que no deben descuidarse, ni desfallecer, que se ha hecho á Judas la última concesion posible, y que entre las fortificaciones que la generacion actual defiende contra la barbarie, la más elevada, la más sólida, la que es preciso sostener á todo trance, AUNQUE NO SE LA AME, es la muralla de la casa de Jesús.

APÉNDICE

Á LA EDICION ESPAÑOLA.

Estando yo en París, hubo junta general de accionistas de una de esas grandes sociedades que manejan muchos millones y lucran con el sudor de muchos hombres. Uno de los socios se levantó para pedir que se arreglaran las cosas de modo que los numerosos dependientes dispusieran, siquiera por turno, de algunos dias festivos, y pudiesen acordarse de que tienen alma.

Apenas se habian pronunciado estas ó parecidas palabras, cuando se levantó un clamor general diciendo: ¡Nada de Jesuitismo! ¡Que calle ese Jesuita! Donde se echa de ver que, segun aquel arcópago de doctores en tanto por ciento, es Jesuitismo recordarles á los hombres que tienen alma; es Jesuitismo guardar, aunque sea por tandas, el dia del